

Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu Hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazón compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasión y muerte

Tenga en mí alma de suerte,
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el día del juicio.
Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;
Porque cuando quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria. *Amen.*

Lope de Vega.

María está llorosa
Junto á la cruz gimiendo
De donde está pendiendo
Del mundo el Redentor.
Y el alma sumergida
En aflicción sin tasa
Espada la traspasa
De bárbaro dolor.
De su único engendrado
Al ver la muerte impía,
¡Oh cuánto no sería
El duelo maternal!
¡Cuánto, al mirar yacente
Al Hijo de tal Padre,
De la divina Madre
La pena sin igual!
¿En dónde se halla el hombre
Que en tal difícil hora
La contempla y no llora
Midiendo su aflicción?
Quien ver al Hijo puede
Y á la Madre en tal pena,

Si el llanto aun encadena
No tiene corazón.
Por redimir las culpas
De un mundo depravado,
Vió á Cristo flagelado,
Hecho de sangre un mar;
Y allá en el monte infame
Vióle, en el paso estrecho,
Doblar la frente al pecho
Y el ánima exhalar.
¡Oh dulce madre, ó pura
Fuente del amor divino,
Vierte en mi pecho esquivo
Parte de tu dolor!
Haz que abrasada el alma,
Arda en tu fuego blando,
Y á Cristo solo amando
Goce en tan puro ardor.
Las llagas, Santa Madre,
De aquel, por mi pecado
En una cruz clavado,
Hazme pasar de tí.

De tu piadoso llanto
Haz que contigo llore,
Mientras la vida more
Y el sentimiento en mí.
Junto á la cruz contigo
Estar ¡oh Madre! quiero,
Y ser el compañero
De tu dolor mortal.
¡Oh de vírgenes Virgen!
No me niegues el llanto:
Séme propicia, cuanto
Ha menester mi mal.
De Cristo moribundo
En las carnes divinas,

Los clavos, sangre, espinas,
Que siempre viendo esté.
Y pruebe los dolores
Que el Salvador sentía,
La débil carne mía
Que abrase ardiente fe.
Tú, madre de mi vida,
En el postrer instante,
Sosten el alma errante
Por honda eternidad;
Y cuando á Dios nos llame
Del juicio el triste día,
Defiéndanme, María,
Mi llanto y tu piedad.

El conde de Ceste.

Á los brazos de María,
Y á su divino regazo,
Vienen á quitarle á Cristo
Los que á la cruz le quitaron.
Porque en entrambos fué cierto
Que estuvo crucificado,
En María con dolores,
Y en la cruz con fuertes clavos.
Sus camas fueron las dos,
Al oriente y al ocaso,
La una para la muerte,
Y la otra para el parto.
Hincáronse de rodillas
Los venerables ancianos,
Á la Madre muerta en Cristo,
Y á Cristo muerto en sus brazos.
«Dadnos, le dicen, Señora,
Dadnos el difunto santo,
Que en la tierra ni en el cielo
Hay ojos para mirarlo.
Dádnosle, pues nos le disteis,
Que queremos enterrarlo,

Para que diga la tierra
Que tuvo al cielo enterrado,
Y porque sepan los hombres
Que estuvo el cielo tan bajo,
Que ya pueden si ellos quieren
Alcanzarle con las manos.—
Tomad, responde María,
Madre suya y mar de llanto,
El cuerpo que entre los hombres
Pasó mayores trabajos.
Escondedle en el sepulcro,
Porque le persiguen tantos,
Que aun allí no está seguro
De que vuelvan á buscarlo.
Nueve meses solamente
Que estuvo en mi virgen claustro,
De la envidia de los hombres
Le pude tener guardado.
Que el Bautista que le vió
Lo dijo con sobresaltos,
Y en voz expresa despues
Pasados treinta y dos años.

Tomad y enterradle, amigos:
Las piedras sabrán guardarlo
Mejor que el pecho del hombre
Que le vendió como ingrato.»
Mientras para su mortaja
La Vírgen está rasgando
Las telas del corazon,
Velo de su templo casto,
Cielo y tierra previnieron
El triste entierro enlutado:
La tierra los edificios,
Y el cielo los aires claros.
Todas las hachas del cielo
Iban delante alumbrando,
Pero el luto de la tierra
No dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre visten,
Porque el cielo en tanto agravio
Mostró sangre en sus dos ojos,
Para señal de vengarlo.
Levantáronse los muertos
De sus sepulcros helados,
Que como entierran la vida,
La que quisieron tomaron.
Las cajas fueron las piedras
Unas con otras sonando,

Sola con sola la cruz,
Los tiernos ojos en ella,
Y en sus virginales manos
Clavos y espinas sangrientas;
Vueltos dos fuentes sus ojos
Que derraman vivas perlas,
Llorando muerta su vida
Dice así una viva muerta:
«¡Ay cruz que en mi soledad,
Como amiga verdadera,

Que era Cristo capitan,
Y con cajas lo enterraron.
Hízose el velo del templo,
No sin causa, dos pedazos,
Para que hubiese bandera
Que llevasen arrastrando.
No vinieron sacerdotes,
Aunque estaban consagrados,
Que siendo Dios el difunto,
No eran menester sufragios.
El se llevaba la ofrenda,
Pan y vino soberano,
La misa y el sacrificio
Que él consumió espirando.
Iba su Madre detrás,
Y un mozo, su primo hermano,
Que se le dejó por hijo
En su testamento santo.
Llegaron con el difunto,
Y la ballena del mármol
Recibió, para tres dias,
Aquel Jonás sacrosanto.
¡Alma! la Vírgen se vuelve,
Á acompañarla volvamos,
Pues con ella volveremos
Á verle resucitado.

Lope de Vega.

Sola, á la sola acompaña;
Sola, á la sola consuelas!
Dame tus abrazos, cruz,
Abraza esta Madre tierna,
Que á falta de los de Dios
Solos los tuyos suplieran.
Quiero abrazarte, cruz mia;
Pero, ¿qué sangre es aquesta?
Que pues que sin fuego hiere,
Sin duda es mi sangre mesma.

¡Ay sangre de mis entrañas,
Vertida por tantas puertas,
Pues de mis venas salistes,
Volved á entrar en mis venas!
¡Ay sangre que vertió Dios!
¡Ay sangre que Dios desea,
Pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas las deudas!
¡Ay engañosa manzana!
¡Ay mentirosa culebra!
¡Ay enamorado Adán!
¡Ay mal persuadida Eva!
Llevó aquel árbol vedado
Fruta de culpas y pena,
Mas vos, cruz, una granada
Coronada y pechiabierta.
Como fué fruta de invierno
Y cogida en una huerta,
Colgáronla por el hombre
Que trae la salud enferma.
Ya á los dos nos disfrutaron
De la dulce fruta nuestra;
Pues la llevamos los dos,
Yo sin dolor, tú con pena.
Cruz, vuelve á crucificarme
No hayas miedo que lo sienta,
Que mal sentiré sin alma,
Pues el sepulcro la encierra.
La lanza que le hirió muerto
Á mi alma me alancea,
Que estaba en su pecho el alma,
Que el mio estaba sin ella.
Crucifícame de pechos
Y no de espaldas, cruz bella,
Que pues las de Dios guardaste
No es justo que te las vuelva.
Juntemos brazos y pechos,
Que juntos es bien se vean

Brazos y pechos que á Dios
En vida y muerte sustentan.
Á Dios tuvistes los brazos
Atándole de manera
Que pudo el ladron del hombre
Llegar á hurtar sus riquezas.
Pues á Dios tuviste en peso,
Cruz, muy grandes son tus fuerzas,
Pues le hiciste dar en sí
Cuanto pudo y cuanto era.
Contigo me crucifica,
Y si por clavos lo dejas
Aquí están aquestos tres
Que hasta el alma me atraviesan.
¿Cómo siendo arco de paz,
Para mí lo eres de guerra?
Pues son de mi corazon
Aquestos clavos tres flechas.
¡Ay, Hijo! si nunca herrastes
¿Cómo con clavos os hierran?
Pues vuestra Madre es la esclava,
Hierren á la madre vuestra.
¡Oh ensangrentadas espinas,
Que os subís á la cabeza,
A que mi rosa encarnada,
Como rosa, espinas tenga!
¡Ay espinas de mis ojos,
Que á sacar sangre estais hechas!
¡En ellos quiero poneros
Porque tambien sangre viertan!
¡Ay dolorosos despojos
De la victoria sangrienta,
Venid á ser haz de mirra
De mi pecho y mi paciencia!
Herid el pecho que os ama,
Herid la boca que os besa,
Estos brazos y estos ojos.»
Dijo; y quedóse suspensa.

Con lágrimas acompaña
Alma, á su Madre y su Reina,
Que sola al pié de la cruz
Llora su muerte y su ausencia.
El ténplo rompe su velo,
La luna en sangre se anega,
Gime el aire, brama el mar,
Llora el sol, tiembla la tierra.

Sin Esposo, porque estaba
José de la muerte preso;
Sin Padre, porque se esconde;
Sin Hijo, porque está muerto;
Sin luz, porque llora el sol;
Sin voz, porque muere el Verbo;
Sin alma, ausente la suya;
Sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
Sin tierra, que todo es sangre;
Sin aire, que todo es fuego;
Sin fuego, que todo es agua;
Sin agua, que todo es yelo;
Con la mayor soledad
Que humanos pechos se vieron,
Pechos que hubiesen criado,
Aunque virginales pechos,
Á la cruz, de quien pendia
Un rojo y sangriento lienzo,
Con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma, y Dios muerto,
La Sola del Sol difunto
Dice, con divino esfuerzo,
Estas quejas lastimosas
Y estos piadosos requiebros:
«¡Oh, retrato victorioso,
Donde el Capitan Eterno,
Por dar á los hombres vida
Venció la muerte muriendo!

Alma, tiembla, gime y llora,
Que hasta las piedras te enseñan,
Pues quiebran sus corazones,
Cuando el tuyo se hace piedra.
Los muertos, á quien dió vida,
Sienten su pasion acerba,
Y tú, que se la quitaste,
Ni la lloras ni la piensas.

El Maestro José de Valdivielso

¡Oh, escala de otro Jacob,
Mas con tres pasos de hierro,
Tan alta, que por subirla
Piés y manos puso en ellos!
¡Oh, caja de mis cuchillos!
¡Oh, mesa en que estuvo puesto
Aquel soberano Pan
Atravesado en el leño!
Pues solos nos han dejado,
Yo sin Hijo, y vos sin dueño,
Consolémonos los dos,
Pues los dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina
Para nacer de mi pecho,
Y á vos por mayor favor
Para morir en el vuestro.
Pues como á Dios os adoran
Angeles, hombres y cielos,
Morir en vos fué lo mas,
Y nacer de mí lo menos.
Mas merecen vuestros brazos
Las horas que le tuvieron,
Que los años que los míos
Le dieron dulce sustento.
Madre suya pareceis
En darle al mundo aunque muerto;
Pero daisle mil dolores,
Y yo le parí sin ellos.

Leona sois en el parto,
Aunque yo os le dí Cordero,
Mas pues que blanco os le dí,
¿Por qué me le dais sangriento?
Cuando en mi parto no os ví,
Y vos me veis en el vuestro,
Aunque pues fué sobre tablas,
Bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron María
Por la amargura que tengo,
O porque vos, nave santa,
Habeis pasado mi estrecho.
Pero puesto que soy mar,
Tanta ventaja os confieso,
Que desde que fuistes fuente
En vuestras aguas me anego.
Fué del Espíritu Santo
Mi vírgen vientre cubierto,
Para que estando á su sombra
Sufriese el Sol tan inmenso.
Y aquí á la sombra de un árbol
Vivo de mi Sol tan léjos

Que con ser del cielo gloria
Amanece en el infierno.
Huerto me llamó mi esposo,
Mas no pensé que mi huerto
Hubiera un árbol tan fuerte
Que tuviera á Dios en peso.
Aquel fruto soberano
Fué de mi vientre primero;
Nació como trigo en pajas;
Racimo me le habeis hecho.
¡Oh, dulce leña de Isaac,
Llevada en hombros mas tiernos!
¡Dadme esa estampa de sangre,
Pues que no me dais el cuerpo!»
Dijo la Vírgen María,
Y dándole dulces besos,
Dió rosas y tomó rosas
La zarza verde en el fuego.
Corazon de piedra duro,
Quedad llorando deshecho,
Que la muerte de Dios Hombre
Las piedras parte por medio.

Lope de Vega.

TRÁNSITO DE LA VÍRGEN Y SU ASUNCIÓN

Ya la corona y lauro generoso
Previene el cielo á tu cabeza y mano,
¡Oh invictísima Vírgen, triunfadora
Del que triunfó, sagaz, del bando humano!
Dejar puedes el Líbano frondoso,
Y penetrar los vientos voladora,
Que ya rompió su oscuridad la aurora.
Tiende tus alas al empireo cielo,
Oh cándida paloma, pues florece
La tierra, y desaparece
El bronco horror del ivernizo hielo.
Los nuevos rayos de su lumbre viva
El sol esparce, la borrasca cesa
Del lóbrego diluvio, y nuestras vidas

Escapan de las ondas homicidas.
 Digna serás que, en pago de la empresa,
 Con sacro honor el arca te reciba,
 Pues con el ramo de la verde oliva
 Vuelves triunfante á do saliste, y llevas
 De la terrena paz tan ciertas nuevas.

¡Oh tú, do la segur siempre temida
 No es ya ministra de dolor interno,
 Ni del vivir contraria aborrecible,
 Mas medianera de reposo eterno
 Y causadora de perpetua vida,
 Dando al cuerpo vigor incorruptible
 En carne y en espíritu impasible;
 Que siendo tú, por inefable suerte
 Hija y esposa de la vida, y madre,
 Tu esposo, hijo y padre
 Quiere te ofrezcas á la débil muerte,
 Y así le imites y seguirle esperes.
 Será tu muerte ejemplo de la suya;
 No deuda, no, de aquella culpa inmensa;
 Que á tu pureza no tocó su ofensa,
 Ni sus tinieblas á la lumbre tuya.
 Por culpa no, sino por gracia, mueres,
 Y el privilegio de tu rey adquieres:
 Mueres para nacer, cual fénix una,
 Do el mármol sirve de sepulcro y cuna.

Como ilustró á la vil naturaleza
 Dios, cuando se redujo á muerte humana,
 Tal quiere que la tuya al hombre honore;
 No juzguen que tu forma soberana
 Es angélica forma, ó tu pureza
 Cause que alguno cual deidad te adore.
 No es justo que tu sér el mundo ignore,
 Que es terrena tu forma, aunque divina,
 Y en ella excedes ¡admirable extremo!
 Al serafin supremo,
 Que al nombre tuyo su cabeza inclina;
 Ni eres deidad, mas un humilde opuesto

Del que lo quiso ser por su arrogancia;
 Y así, por tu humildad se recupera
 Lo que él perdió por su arrogancia fiera.
 Ser criatura mortal fué tu ganancia,
 Para alcanzar inaccesible puesto.
 Llegue el tránsito fausto, y no funesto;
 Será tu muerte la dichosa entrada
 Y el primer arco á la triunfal jornada.

Apenas de tu muerte alegre y tierna
 Pasarás el umbral, cuando la vida
 Cobre su cuerpo, con el alma unido,
 Pues tu corpórea forma está ceñida
 Con la de Cristo, incorruptible, eterna,
 Y fué tu carne su mortal vestido.
 Ya miro al sacro triunfo embebecido
 El cielo y tierra, y venerarte aunados
 Los que fueron discordes elementos,
 El fuego, el mar, los vientos.
 Luego los astros miro deslumbrados;
 Cintia á tu bella luna inclina el cuello,
 Rinde Cilenio al nuevo cetro y alas
 Sus alas y su cetro, insignia vana.
 Desprecia Vénus su beldad profana,
 Que la envilecen tus lucientes galas,
 Y es solo Dios de amor tu hijo bello.
 Turba tu frente al sol, que tu cabello
 Pudo enlazar, por amoroso exceso,
 Al sol eterno de tus ojos preso.

Sus armas postra el invencible Marte
 (Despojos tuyos), y por tí le aplace
 Que su nombre aniquilen tus victorias.
 El rayo del tonante helado yace;
 Saturno se apresura á consagrarte
 Del siglo de oro sus antiguas glorias.
 Ya cesan los blasones y memorias
 De cuantos al octavo firmamento
 Se trasladaron cual estrellas fijas.
 Ya excelsa regocijas

Los altos coros del eterno asiento,
 Y envuelto el regocijo en alto espanto,
 De las felices almas adorada
 Eres, como su reina venerable.
 Ya la volante escuadra innumerable
 Besa tus huellas, á tus piés postrada;
 Y los que en dulce y misterioso canto
 Siempre á su Reina exclaman Santo y Santo,
 Con trémulas gargantas y veloces
 Á tí dirigen sus acordes voces.

«¡Oh palma excelsa (dicen) y triunfante
 Del árbol de la culpa! ¡Oh verde oliva,
 Que encima de las aguas floreciste,
 Verde á pesar de su diluvio, y viva!
 ¡Oh vividor ciprés, que al arrogante
 Dragon anuncias dura muerte y triste!
 ¡Plátano, que tus hojas extendiste,
 Contra el calor adusto y contra el hielo!
 ¡Oh vid, que el golpe de la hoz ignoras!
 ¡Oh templo que atesoras
 Unicas aras del Autor del cielo!
 ¡Escala oculta á la serpiente impura!
 ¡Arca de eterna inmunidad sagrada!
 ¡Ciudad ceñida de invencible muro!
 ¡Torre invicta al campeón del reino oscuro!
 ¡Puerta, al mónstruo sagaz siempre cerrada!
 Ocupa y goza la mayor altura,
 Donde pudo arribar mortal criatura
 Y la mejor corona que á tu frente
 Pudo aplicar la diestra omnipotente.»

Juan de Jáuregui.

Á la plaza llega ya	—Es verdad, mas desa ley
Una extranjera graciosa:	Su Majestad la ha excetado.
¿Puédese ver si es hermosa?	—Mucha admiracion pondrá
—Sí puede, que en cuerpo va.	Ver novedad en tal cosa.
—Mirad que en cuerpo no ha entrado	—Pónela el ser tan hermosa,
Sino es el Hijo del Rey.	Y el ver cómo en cuerpo va.

—¿Qué rostros, si vistéis vos,	—¿Y á qué, si sabéis, vendrá
Con aquesta dama vienen?	Esta dama tan hermosa?
—Hermosísimos los tienen	—Del Rey dicen que es esposa,
Unos ángeles, por Dios.	Y á coronarse será.

Alonso de Ledesma.

Del año escoge la sazon templada
 Cuando renueva su vejez molesta
 La fénix una del Arabia rica,
 Y léjos de su albergue, en la floresta
 Mas yerma, elige un ramo de empinada
 Palma, y de aromas abundancia aplica
 Al nido que fabrica,
 Donde abrasada espira,
 Y á renacer aspira,
 Del sol ardiendo entre la luz fragante;
 Luego en doradas plumas rozagante
 Vuela cercada en procesion pomposa
 De ejército volante,
 Que la acompaña á su region lumbrosa.

Cual rara fénix, Vírgen soberana,
 Hoy te contemplo, ausente del eterno
 Celeste albergue tuyo, do pretendes
 Nacer muriendo; ya pasó el invierno
 De la fatiga y aficcion mundana;
 Ya el vuelo en nuestros páramos extiendes,
 Donde el aroma enciendes
 De tus virtudes santas,
 Y ardiendo te levantas
 Sobre tu palma, al sol de Dios atenta,
 Sol que te abrasa y tu vivir aumenta,
 Palma do el humo de un olor inmenso
 Tu bálsamo alimenta,
 Tu nardo y mirra, cinamomo, incienso.

Ya el sepulcro vital, que á un mismo instante
 Vió tu muerte fecunda, y nacimiento
 Dejas, y á visitar las nubes altas,
 De mil reflejos matizando el viento,

Tus alas tiendes de águila triunfante,
 Y sobre el monte Líbano te exaltas.
 Con oro puro esmaltas
 La rica frente y cuello;
 El cuerpo insigne y bello
 Es vario imitador del lirio y rosa;
 Los ojos vivos de paloma hermosa;
 Ya con velocidad, que el viento agravia,
 Te encumbras generosa
 Á ver del cielo tu felice Arabia.

Ave perfecta y única, levanta
 Alegre el vuelo; que tus plantas bellas
 Ya pisan de la luna la alta frente,
 Ya envuelves la cabeza en las estrellas,
 Ya el sol te vistes y su lumbre santa.
 Volátil pompa, angélica, luciente,
 Te sigue al sacro oriente,
 Te alaba en su armonía
 Con dulce melodía,
 Y en torno á tu dorado cuerpo y alas
 Vuela y admira el nuevo lustre y galas,
 Hasta que á Dios acercas tanto el vuelo,
 Y tanto á Dios te igualas,
 Que allá no alcanza serafin del cielo.

Cancion, no ha sido poco lo intentado:
 Ya de tan alto asunto ni el osado
 Genio se encargue ni la mano escriba;
 Que donde el sacro serafin no arriba,
 De infatigables plumas sustentado,
 Es vano orgullo que llegar presume
 El frágil vuelo de una débil pluma.

Juan de Jáuregui.

Mártires y doncellas
 Con Cristo desposadas,
 Ejército que, estando muerto, espantas,
 Once mil hostias bellas
 Á Dios sacrificadas,

Que el cielo paseais con sacras plantas;
 Pues hoy, oh ninfas santas,
 Va vuestra Reina á veros,
 Pues la imitastes tanto,
 Rogadle que á mi canto
 Aliento dé y conceptos verdaderos.
 Esté yo satisfecho
 De que lo dicta su Hijo acá en mi pecho.

Vos, águila ligera,
 Que los aires abriendo
 Con las plumas doradas, vais al cielo,
 Subís de tal manera,
 Que, nuestra sombra viendo,
 Os perdemos de vista los del suelo;
 Con inflamado celo
 Vuestro favor invoco,
 Vírgen en toda cosa,
 Á Dios y al mundo hermosa;
 Conceda vuestra gracia oirme un poco.
 Perdon y grato oido
 Con ánimo sencillo aguardo y pido.

Si dais la vista al ciego
 Y visitais al reo,
 Y al pobre lo volveis próspero y rico,
 Oid el blando ruego
 De mi justo deseo,
 Y conceded la gracia que os suplico,
 Paloma que en el pico,
 De fe constante y viva
 Trujistes paz al arca
 Del viejo patriarca
 Con el ramillo de la hojosa oliva,
 Cierto de otra manera
 Que aquella descuidada ave primera.

Vírgen, el regocijo
 Tuvistes de ser madre
 Del Verbo celestial y sempiterno,
 Hija de vuestro Hijo,

Madre de vuestro Padre,
 Término fijo del consejo eterno,
 Elegida *ab aeterno*;
 Hoy con divina frente,
 Coronada de estrellas
 (Cual nueva luna entre ellas),
 Y vestida del sol resplandeciente,
 Por los cielos rasgados
 Entrais con los ejércitos alados.
 Hoy subís penetrando,
 Cual luciente cometa,
 Que aparta y hiende el aire por do pasa;
 Y á los cielos llegando,
 Admirase el planeta
 Que alumbra el mundo de su cuarta casa;
 Y no luce ni abrasa.
 Está turbado y vario,
 Y los ciclos dorados
 Quedaron espantados;
 Que vuestro resplandor extraordinario
 Al subir admirólos
 Tanto, que se afirmaron en los polos.
 Mas luego, conociendo
 Vuestra figura rara,
 Cual nube, que con rayo queda abierta,
 Se fué el cristal rompiendo,
 Y en la materia clara
 Quedó patente la sublime puerta.
 Pareció descubierta
 Vuestra faz, y al miralla
 Pacífica, apacible,
 Aunque fuerte y terrible,
 Como ejército á punto de batalla,
 Alta, olorosa como
 Ciprés, plátano, cedro y cinamomo,
 Patriarcas, profetas,
 Las reverentes canas,
 Coronadas de lauro, os humillaban.

Las vírgenes discretas,
 Yendo ante vos ufanas,
 Laurel, olivo y palmas levantaban.
 Los mártires estaban
 En gloria renovados,
 Con las llagas recientes
 Aunque resplandecientes
 (Trofeos á mil príncipes ganados),
 Y las ropas bañadas,
 Con sangre del Cordero matizadas.
 Los músicos divinos
 En su trono se holgaron
 Con dulcísimos himnos y concertos;
 Los techos cristalinos
 En torno resonaron
 Con la armonía de los instrumentos.
 Mudas y sin alientos
 Quedaron de la tierra
 Las trompas sonoras,
 Y las artificiosas
 Misturas que la Italia dentro encierra,
 Las que se oyeron cuando
 Los césares por ella iban triunfando.
 Allí los escogidos
 Ante su protectora,
 Cuya bondad á lo posible excede,
 Dicen, y son oídos:
 «Dulcísima Señora,
 Benigna Diosa (si decir se puede),
 Tu Hijo nos concede
 Verte en su compañía,
 Y aun él se regocija
 Viendo á su Madre é Hija;
 Huélgase, prudentísima María,
 De ver que pisa el cielo
 La carne que le dió el corpóreo velo.
 »Vuestro Hijo glorioso
 Nos dijo predicando,

Un número prudente de doncellas,
 Que esperando á su esposo
 Estuvieron velando,
 Y velaba la fe y la gracia en ellas.
 Vos sois una de aquellas,
 Aunque en tálamo y bodas
 Una antes verdadera,
 Y con mas clara lámpara que todas,
 Superior y primera,
 Con cuya luz y ejemplo
 Resplandece de Dios la casa y templo.
 »El mismo Dios os dijo
 Cuando al solio llegastes:
 —Paloma, esposa amada y Madre mia.—
 Vistes glorioso al Hijo
 Que en la tierra engendrastes,
 Donde el Padre lo engendra cada día.
 Míraos la compañía
 Que delante vos viene,
 Y vos, con gozo, á tantos
 Ángeles y otros santos,
 De veros, y de ver al que Dios tiene;
 Y junto dél sentada,
 Gloria dais en mirar y ser mirada.»

Bartolomé Leonardo de Argensola.

*El cielo se maravilla,
 Vírgen, viendo cómo á vos
 Junto á sí os ha dado Dios
 La mas eminente silla.*
 Sobre los altos confines
 Del mas levantado cielo
 Subistes, Vírgen, del suelo
 En hombros de serafines.
 Y mucho se maravilla
 El cielo de ver que á vos

Junto á sí os ha dado Dios
La mas eminente silla.
 ¡Oh Dios, quién supiera ahora
 Significar la alegría
 Que todo el cielo tendria
 Con su nueva emperadora!
 Ángeles podrán decilla,
 Vírgen, y lo que con vos
 Hizo vuestro Hijo y Dios
Cuando os dió tan alta silla.

Damian de Vegas.

*La Madre del inmortal
 Hoy sobre una blanca nube
 A tomar posesion sube
 Del imperio celestial.*

Hasta la dichosa hora
 De la asuncion de María
 El cielo no conocia
 Emperatriz ni señora;

Mas ya sí, y tan principal,
 Que sobre una blanca nube
 A tomar posesion sube
Del imperio celestial.

No hay explicar lengua humana
 El recibimiento honroso

Que hoy hizo el eterno Esposo
 A la Esposa soberana.

Con toda su divinal
 Corte baja hasta la nube
 En que ella triunfante sube
Al imperio celestial.

La ciudad de Dios feliz
 Luego con pompa solene
 A darla obediencia viene
 A su nueva Emperatriz,

Que ya en trono angelical
 Trocada la blanca nube,
 A tomar posesion sube
Del imperio celestial.

Del mismo.

Angélicas escuadras, que en las salas,
 Llenas de olor, de gloria, con inmenso
 Gozo, de que llenais el claro cielo,
 Andais batiendo las doradas alas,
 Y al eterno Regente dais encienso,
 Que olor espira de inmortal consuelo,
 Torced el blando vuelo
 Y recibid en vuestras bellas plumas
 Á la que encierra en sí las gracias sumas,
 Pues que rompiendo la fulgente masa
 Del cielo cristalina,
 Que á la tierra le sirve de cortina,
 Veis que el un firmamento y otro pasa,
 Hasta llegar al trono do reside
 El que del cielo el movimiento mide.

Viendo que unida al cuerpo la alma santa,
 Vírgen gloriosa, para el Hijo subes,
 Por ser del alma pura el cuerpo puro,
 La luna á recibirte se adelanta,
 Y dejas envidiosas á las nubes;
 Mercurio y Vénus dan lugar seguro,
 Llegas al cuarto muro